

III Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Temuco, 1998.

Notas Críticas en Torno a la Historia de la Antropología.

Bernardo Berdischewsky.

Cita:

Bernardo Berdischewsky. (1998). *Notas Críticas en Torno a la Historia de la Antropología. III Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Temuco.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/iii.congreso.chileno.de.antropologia/23>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/evbr/UvZ>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

MESA REDONDA

HISTORIA

DE LA ANTROPOLOGIA

Coordinador: Juan Carlos Skewes



Notas Críticas en Torno a la Historia de la Antropología

Bernardo Berdichewsky*

No pretendemos en esta corta comunicación, presentar propiamente una historia de la antropología; sino, más bien, evaluar en forma crítica sus etapas e hitos importantes y los cambios y nuevos enfoques que se produjeron. Tampoco empezaremos definiendo y explicando qué es la antropología y cuáles son sus divisiones y disciplinas, ni siquiera sus principales corrientes teóricas. Por lo demás esto lo hemos hecho en otra comunicación nuestra que aparece en estas mismas actas, como "La Función Ideológica de la Antropología", la que debe consultarse. Nuestra preocupación en éste artículo será, especialmente historiar la antropología social o etnología y cómo fué afectada y modificada

Los Comienzos Históricos

Si se entiende la antropología como el interés y estudio sobre el ser humano, su cultura y sociedad, éste comenzó ya en la civilización greco-latina y sus imperios expansivos, todavía antes de la era común. Los imperios Helénicos de Alejandro, primero, y después el imperio Romano desde Julio Cesar, en sus conquistas entraron en contacto con otros pueblos, muy diferentes a los suyos propios. Los historiadores romanos, como Julio Cesar, Tácito y otros, describen a

dichos pueblos constituyendo un antecedente para las descripciones etnográficas, como una etapa prehistórica de la etnología (Mühlmann, 1968).

Debemos referirnos recién al período del Renacimiento en Europa de los siglos 16 y 17 y los viajes europeos de expansión, "descubrimiento" y conquista para hablar de un comienzo de la etnología. En esa época nace la descripción etnográfica de esos pueblos "exóticos" de ultramar y sus culturas. Especialmente atractivos fueron sus objetos ergológicos de cultura material, traídos por viajeros, exploradores, conquistadores, funcionarios y clero y que llenaron los museos que se iniciaban en de los países europeos. Fueron las revistas de estos museos y de las sociedades de estudiosos principalmente, las que publicaron descripciones de esas artesanías y de los pueblos que las produjeron. Si a ésto se agrega los relatos de viaje publicados como libros o artículos de revistas, tenemos ya la primera literatura etnográfica europea. Ella está marcada por el exotismo, el eurocentrismo y la falta de análisis crítico de las fuentes y es, en esencia, un producto del desarrollo mercantilista de la economía europea.

Tenemos ahora que pasar al siglo 18 y su expresión cultural, la Ilustración europea, producto del paso del Mercantilismo al Capitalismo Industrial, a mediados de dicho siglo, para toparnos con los verdaderos comienzos de una disciplina científica de Etnología.

*Profesor de Antropología, Emérito, Vancouver, B.C. Canada

Las noveles ciencias antropológicas, primero, la antropología física - desprendiéndose de las ciencias naturales - después la etnología - como producto de las incipientes ciencias sociales (economía, sociología) - y finalmente la arqueología - como extensión prehistórica de la historia - se desarrollan en dicho siglo y en la primera mitad del siguiente.

La etnología es en esta primera etapa histórica simplemente una disciplina de escritorio, que pretende aplicar los cánones del método científico, pero sin validarlos en la práctica de terreno, ni antes de elaborar las hipótesis, ni después para comprobarlas. Tampoco se usan métodos experimentales y sólo mínimas estadísticas, basándose fundamentalmente en el método comparativo. Las fuentes etnográficas no son todavía analizadas críticamente, aceptándose casi literalmente. Será sólo avanzada ya la 2ª mitad del siglo 19 en que la ciencia etnológica comienza a madurar como tal y entra en su segunda etapa histórica.

La Etnología

Evolucionista y sus Reacciones

En esta nueva etapa la etnología trata de convertirse en una ciencia positiva, que estudia los distintos pueblos de la tierra. Su modelo científico no proviene tanto de las ciencias exactas, sino de las ciencias naturales. En este sentido imita y adapta también la gran teoría que predomina en dichas ciencias, el Darwinismo Evolucionista. Surge así, en los comienzos de la ciencia etnológica, su primera escuela teórico-social, que será conocida posteriormente como la del Evolucionismo Clásico y que se extiende por el resto del siglo y los comienzos del siglo 20, en casi todos los países europeos y occidentales. Los grandes etnólogos de esa época, como los Británicos Tylor y Fraser, el Norteamericano H. Morgan y hasta los Sudamericanos Ameghino en Argentina y R. Latcham en Chile, son de esa escuela de evolucionismo social. Los pueblos evolucionan, según esta escuela, paralelamente desde un estadio primitivo de Salvajismo, a uno de Barbarie, hasta llegar a la Civilización.

Esta teoría, consciente o subconscientemente, sirve como justificación ideológica del colonialismo, producto del desarrollo del sistema de Capitalismo Industrial. La literatura etnográfica que los etnólogos analizan ahora en su gabinete, escrita no por etnógrafos profesionales, está llena de justificación del colonialismo y de expresiones racistas y etnocéntricas o simplemente despectivas de esas culturas y sus "costumbres extrañas".

A comienzos del siglo 20 el colonialismo inicia su debacle, como producto de las profundas crisis del capitalismo industrial, que conducirán a las dos guerras mundiales, al colapso económico del sistema en 1929 y a la bancarrota del colonialismo después de la 2ª Guerra Mundial. Esa primera mitad del siglo 20 se ve plagada, también, de revoluciones sociales que desarrollan ahora, paralelamente al capitalismo, un sistema de socialismo estatal, en la Unión Soviética, China y varios otros países de Europa y del Tercer Mundo. El Capitalismo Industrial se vee, a su vez, reemplazado lentamente por el Capitalismo Monopólico, de las grandes corporaciones, también llamado período imperialista.

En ese contexto surgen escuelas etnológicas que reaccionan contra el evolucionismo social. El panorama de visión ascendente de la Sociedad Victoriana ya no se ve tan claro ni lógico. La primera reacción surge a comienzos de siglo con las corrientes difusionistas. Las más importantes son la escuela austro-alemana del Padre Wilhelm Schmidt y la norteamericana de Franz Boas. La primera conocida como la de los Circulos-Culturales o Histórico Cultural y la segunda como de las Areas-Culturales o Particularismo Histórico.

En el período entre las dos guerras mundiales surge una tercera e importante escuela etnológica, esta vez en Inglaterra, la que reacciona, no sólo contra el evolucionismo social, sino también contra el historicismo de los difusionistas. (Para una caracterización de esas escuelas etnológicas véase en estas actas mi trabajo citado arriba). La escuela Británica se autodenomina Funcionalista, alejándose de la Etnología europea hasta el punto de cambiar su nombre, llamándose Antropología Social. Algo similar hizo la escuela Boasiana, de las áreas culturales, en los Estados Unidos de América, cambiando a Antropología Cultural.

Se producen también en esta época importantes cambios en la Etnografía, que sigue siendo la base descriptiva de las cuatro grandes escuelas y sus tres denominaciones. No importa si es el evolucionismo social o los círculos histórico-culturales de la etnología europea o el particularismo histórico de la antropología cultural americana o aún el funcionalismo de la antropología social británica, todos tienen que partir de la descripción etnográfica. Por eso los cambios producidos en esa disciplina afectaron a todos por igual.

La gran transformación de la Etnografía se produjo con el inicio de la observación y descripción de terreno, en la exploración del Estrecho de Torres en 1898 entre

Australia y Nueva Guinea. Un grupo de antropólogos profesionales británicos repitió sus visitas estudiando diversos aspectos de la cultura aborigen de esa zona, bajo el liderazgo de C. Haddon, todavía de la escuela evolucionista. Aunque hubo anteriormente, una que otra exploración etnográfica de uno o dos exploradores, como el caso de Spencer y Gillen (1899) a finales de ese siglo con los aborígenes australianos, fué Haddon, realmente, el primero que aplicó una etnografía sistemática de terreno y en grupo (Haddon, A.C. 1949) .

El otro gran paso que consolidó la etnografía de terreno tuvo lugar 15 años después en las islas Trobriand al Noroeste de Nueva Guinea, por el antropólogo británico de origen polaco, Bronislaw Malinowski, familiarizado con la técnica de Haddon. Por razones de fuerza mayor (la 1ª Guerra Mundial y el hecho de no ser todavía ciudadano británico) tuvo que quedarse en esas islas por un par de años. Malinowski convirtió la etnografía de terreno, prolongada e individual, como un requisito para graduarse en antropología social; no sólo en Inglaterra, sino en cualquier Universidad durante el siglo 20.

Las descripciones etnográficas eran hechas ahora profesionalmente, con la intención de recuperar; aunque literariamente, la cultura de los pueblos en estudio. El análisis de las fuentes etnográficas y otras tenían un carácter crítico y podían ahora someterse a un estudio comparativo, usando ya métodos estadísticos, geográfico-históricos y, en particular, el método genealógico del análisis de parentesco. Otros métodos fueron absorbidos de la sociología y otras ciencias sociales, especialmente por la antropología social británica; pero, después también por las otras corrientes, convirtiendo así a esta disciplina social de la antropología en una verdadera ciencia social.

El Período de Post-Guerra

y la Epoca Moderna

En la última etapa del período anterior, entre las dos Guerras Mundiales, la antropología socio-cultural se había convertido así en otra ciencia social más, a la par con la sociología, economía, politología, psicología social, geografía humana, etc. El método más importante de esta nueva ciencia fué ahora el método etnográfico - una combinación de diferentes técnicas de observación y recolección de datos. Así la etnografía es, a la vez, una ciencia descriptiva y un método científico, la que se estudia ya durante la post-guerra, en la mayoría de las universidades y otras instituciones post-secundarias, no sólo de los países industriales del

1^{er} Mundo; sino también en los países del 2º Mundo socialista y aún en los países del 3^{er} Mundo en desarrollo.

Como consecuencia de la Guerra contra el Eje de los países facistas, Alemania, Italia y Japón y sus aliados, y recogiendo algunas semillas sembradas en el período anterior por la escuela boasiana americana, la antropología de post-guerra se vuelve progresivamente anti-racista. También la actitud etnocéntrica de los antropólogos de los países industriales, se va desvaneciendo y es reemplazada por un nuevo enfoque, iniciado por la escuela boasiana, que se ha llamado "relativismo cultural", donde todas las culturas son importantes y deben juzgarse por sus propios valores, que la etnografía debe descubrir. También, desde el juicio de Nuremberg en 1945 contra los jefes nazis, la defensa de los derechos humanos toma cuerpo dentro de las disciplinas antropológicas.

Esta cristalización de la disciplina científica etnológica, en las dos primeras décadas de la post-guerra es una expresión del modernismo del siglo 20, donde se acepta que las ciencias sociales, aunque diferente de las naturales son, sin embargo, también ciencias positivas. La reacción contra el modernismo, incluyendo el positivismo de las ciencias sociales, se inicia en la segunda mitad de la turbulenta década del 1960, con las revueltas estudiantiles, la "revolución" sexual y los movimientos anti-bélicos. Inclusive deben considerarse la reacción de los movimientos religiosos, ya fundamentalistas (como los islámicos) o radicales (como la teología de la liberación) y aún de los movimientos ecologistas.

Fuera de esas reacciones y movimientos críticos anti-modernistas, que afectan también a la antropología socio-cultural o etnología de los propios países industriales - los que siguen dominando el campo de la teoría antropológica - surgen igualmente las reacciones de las ciencias sociales del 2º y 3^{er} mundo. Muchas de ellas entran en conflicto, particularmente, contra el "positivismo", que domina todavía las del 1^{er} mundo. (Berdichewsky, 1979:6).

Como producto de todas esas tendencias, surgen nuevas escuelas y teorías etnológicas, que compiten por la hegemonía y el predominio teórico. El modernismo se caracteriza por su extremo dinamismo y capacidad de cambio, que afecta a la cultura y a la sociedad toda. Surgen escuelas neo-evolucionistas, materialistas y ecologistas, de materialismo histórico y estructuralistas, escuelas psicologistas y etnometodológicas, y finalmente las escuelas de antropología de acción y de transferencia (Berdichewsky, 1998).

Debido a la diferenciación de corrientes etnológicas y al dinamismo modernista, se producen también intentos por hacer confluir esas tendencias y establecer un diálogo. Se establece en esa época la Unión Internacional de Ciencias Etnológicas y Antropológicas y sus repetidos congresos en diferentes países, tanto de Occidente como de Oriente. En 1960 se crea la primera revista internacional de Antropología, *Current Anthropology*, dirigida por Sol Tax y publicada por la Editorial Universitaria de Chicago. Estos esfuerzos se continúan a pesar de la "guerra fría" entre las dos superpotencias, culminando en el noveno congreso de la Unión Internacional antropológica, realizado en Agosto-Septiembre de 1973 en Chicago y Wisconsin, USA.

En ese congreso internacional, aunque la mayoría de los antropólogos participantes era de los países industriales capitalistas, la proporción de participantes de países socialistas y del Tercer Mundo fué sumamente alta. La influencia mutua de los tres sectores fué grande y duradera, a pesar de la guerra fría que dificultaba el viaje de los colegas de la mayoría de los países del tercer mundo, en cuanto una de las superpotencias apoyaba las dictaduras facistas militares, como en Latinoamérica, mientras la otra, las dictaduras "populares", como en Africa. Lo importante de este congreso, en el sentido de ese intercambio múltiple, fué que gracias a Sol Tax, que fuera su presidente, se publicaron los simposios, en tomos separados, en la magnífica Colección de Antropología Mundial (*World Series Anthropology*), verdadera biblioteca enciclopédica antropológica (Sol Tax, 1979). Tanto en esa década del 1970, como en la siguiente del 1980, se produce una apertura y distensión del conflicto entre las superpotencias, especialmente con la subida de Gorbachev en la Unión Soviética y su política de Glasnot. Igualmente, caen muchas de las dictaduras establecidas anteriormente. El mundo va cambiando y se hace más interdependiente, con un mercado internacional controlado, no tanto por las naciones más poderosas, sino cada vez más por las corporaciones multinacionales. Al final de la década del 1980, con el colapso del sistema soviético de socialismo de estado, el capitalismo que controla ahora casi totalmente el orden internacional socio-económico, inaugura su etapa globalizante.

La Situación Actual

La década del 1990, última del siglo y del milenio ha ido consolidando el nuevo orden de capitalismo globalizante, justificado y apoyado por una ideología conservadora denominada "Neo-Liberalismo". El

proceso de globalización se inicia, realmente como tal, sólo en el último cuarto del siglo 20, superando el régimen "Fordista" que impregnó el sistema capitalista monopolista, desde la 2ª guerra mundial hasta mediados de la década del 1970. Fué con los gobiernos conservadores del Presidente Reagan en los Estados Unidos de América y de la Primer Ministro del Reino Unido, la Sra. Thatcher, en que se inicia ese cambio, que cristaliza a fines de la década del 1980, con el colapso del sistema soviético.

Los cambios estructurales que produce ese proceso de globalización, no son sólo de naturaleza económica, como parece aparente; sino que son también de carácter político, social y cultural y obviamente, ideológico. En ese sentido afectan, igualmente, a las ciencias sociales, incluyendo a la antropología socio-cultural. En el aspecto económico el régimen de acumulación capitalista cambia, diferenciándose de aquel que prevaleció durante el Fordismo, sin lograr evitar las crisis periódicas del capitalismo, que se pretende explicar y aún solucionar con la visión neoliberal, de una sociedad "post-industrial".

En los aspectos no económicos se incrementa la crítica anti-modernista, refiriéndose ahora al mundo post-modernista. El proceso de globalización está cambiando también el carácter unitario de la Nación-Estado, debilitándola, con peligro de su propia extinción en un futuro no muy lejano. Por otro lado, está dando paso al pluralismo social y etno-cultural de la sociedad post-industrial y post-modernista. Las ciencias sociales han sufrido también críticas profundas, especialmente a su positivismo, empiricismo y cientifismo; pero, así mismo, a algunos de sus conceptos básicos. Obviamente, esto incluye a la etnología.

La antropología social positivista ha sido incapaz de explicar las profundas transformaciones que han afectado a la mayoría de las comunidades estudiadas tradicionalmente por la antropología - tribales, campesinas, ghets urbanos marginales, étnicas, etc. Las escuelas positivistas desarrollaron modelos ahistóricos y estáticos, que les impidieron comprender el proceso histórico, separando las estructuras de los procesos, como dos entidades distintas, que interactúan sólo en forma externa y superficial. No consideraron las contradicciones internas, generadoras de conflictos y cambios sociales. Los datos empíricos y cuantitativos, por sí mismos y separados de un contexto teórico, no podían explicar las transformaciones cualitativas de la sociedad.

La presunción de "objetivismo" y "libre de juicios valóricos" en la investigación, del enfoque positivista

y su negación de un compromiso social, junto con la aceptación sin crítica de las realidades establecidas, como "objetivas" o "funcionales", a menudo conducían implícitamente a justificar y aún a aceptar el sistema dominante establecido. Lejos de validar una neutralidad "libre de juicios valóricos", tales investigaciones y estudios reflejaban más bien los prejuicios clasistas y/o etnocéntricos de esos investigadores (Berdichewsky, 1979:6-7).

Fuera de la crítica a dicho enfoque, se fué desarrollando también una crítica a algunos conceptos básicos de la antropología socio-cultural, particularmente su concepto de cultura, central en la teoría y práctica etnológica y de hecho elaborada por esta disciplina. Fue todavía el etnólogo británico Ed. B. Tylor (1871), de la vieja escuela evolucionista, el primero en dar una definición científica de cultura, la que fuera aceptada posteriormente, por todas las ciencias sociales (Kroeber y Kluckhohn, 1963). Dentro de la etnología, la primera escuela que inició una crítica de ese concepto sin eliminarlo, fue la escuela funcionalista británica, todavía antes de la 2ª Guerra Mundial.

Esa crítica ha continuado hasta nuestros días, sin intención de eliminar dicho concepto, sino mejorarlo y hacerlo más efectivo en la investigación etnográfica. Muchos veían que el concepto de cultura se convertía en casi una entelequia metafísica, difícil de definir y de usar científicamente. No podemos entrar aquí a detallar estas críticas, véase para el efecto la polémica reciente en *Current Anthropology* (1999).

Otra de las críticas y revisiones más importantes ha sido con respecto al carácter y significado de la etnografía. Se plantea ahora, debido a la actual política de identidad cultural en un mundo globalizante, la necesidad de repensar la etnografía (véase Borofsky, 1979). Cuán diferente es la visión etnográfica de un antropólogo nativo de un país tercermundista sobre la cultura de su pueblo, con respecto a la visión etnográfica sobre esa misma cultura de antropólogos de países industriales. Obviamente, se plantea la cuestión de si la etnología es sólo materia de debate y discusión entre las distintas visiones etnográficas y escuelas teóricas antropológicas o es posible un entendimiento común y cumulativo de los "otros". La autoridad y veracidad etnográfica y científica entre antropólogos, muchas veces consiste, más bien, en posiciones políticas de poder y control, que en tratar de sobrepasar las diferencias y ver hasta que grado es posible llegar a un entendimiento.

Otro problema de la etnografía en la crítica actual es que ella, en el fondo constituye también una literatura

y debe tratarse así mismo, bajo un lente de crítica literaria. Esto trae igualmente a colación el asunto del "relativismo cultural", posición que ultimamente se ha venido descalificando. Esta doctrina aísla al "otro", casi como especie y mantiene la vieja predilección por el exotismo de las otras culturas, inhibiendo el reconocimiento de la posibilidad que las diferencias culturales pueden coexistir con semejanzas familiares y similitudes estructurales. También disminuye el valor universal por los derechos humanos. Las indicadas son algunas de las más importantes críticas desarrolladas dentro de la etnología en las últimas décadas.

Desarrollo Histórico

de la Etnología en Chile

Las ciencias antropológicas, como parte de las ciencias sociales y humanas son, evidentemente sensibles a los cambios y transformaciones sociales de la sociedad en que están inmersas. El caso de Chile no sólo no es excepción; sino que, por el contrario, confirma la regla. Esto es más notable aún en las épocas de grandes trastornos sociales en el país, como los producidos a comienzos de la década de 1890 (producto de la cuasi guerra civil del 91); los que se desarrollaron a comienzos de la década de 1920 después de la Primera Guerra Mundial; pero, sobre todo, los acaecidos en las del 1930 y 40, como producto de la gran depresión del capitalismo y la Segunda Guerra Mundial.

También los acontecimientos socio-políticos de la segunda mitad de la década de 1960 y comienzos de la siguiente - que conmovieron hasta los cimientos toda la estructura nacional - afectaron enormemente todo el campo de las ciencias sociales incluyendo igualmente a las antropológicas. Pero, los efectos de los cambios económicos y socio-políticos no son mecánicos, ni tampoco suficientes para entender el desarrollo de dichas disciplinas. Obviamente, deben considerarse también, tanto como parte de las transformaciones en las superestructuras ideológicas de la sociedad chilena; como, al mismo tiempo, afectadas por la propia tradición cultural y desarrollo teórico de las ciencias antropológicas mismas, a nivel internacional y continental (Berdichewsky, 1980).

Aunque los estudios etnológicos sobre los aborígenes de Chile comienzan, prácticamente, con los primeros cronistas de la conquista y colonización española y se extienden hasta fines de la Colonia - con los estudios del naturalista chileno, el Abate Molina, y con los de los naturalistas europeos D'Orvigny y Darwin, a comienzos del período independiente - es, en realidad,

con los trabajos de los historiadores chilenos, Diego Barros Arana y José Toribio Medina, a fines del siglo XIX en que se inicia la Antropología científica propiamente (J.T. Medina, 1952).

Sigue, a continuación, el primero y tal vez más importante de los antropólogos nacionales, el prolífero Ricardo E. Latcham, en la última década del pasado y las cuatro primeras del presente siglo. En ese mismo período otras importantes figuras nacionales, como Aureliano Oyarzún, Rodolfo Lenz y Tomás Guevara dan un gran impulso a los estudios antropológicos, complementados por notables figuras extranjeras como Martín Gusinde y Max Uhle, por mencionar sólo los más importantes.

A fines de la década del 1930 y al estallar la Segunda Guerra Mundial ya la antropología chilena se había cristalizado, particularmente en cuanto a la etnología y la arqueología se refiere. Pero también algunos elementos de lingüística y aún folklore se desarrollaron con los estudios de Lenz y los comienzos de una antropología física, con los trabajos de Latcham (que además de la arqueología y etnología incursiona también en esa disciplina) y la aparición en escena, a finales del período, de Carlos Henckel. También, a fines del período, una antropología social empieza a desarrollarse con los estudios sobre el campesino chileno hechos por el norteamericano George McBride y los primeros trabajos de Indigenismo de Alejandro Lipschutz. Esta cristalización se puede apreciar en los informes del antropólogo norteamericano Donald Brand publicados en 1941, con los que se cerraría esta primera época de la antropología chilena (Berdichewsky, 1983).

Mirando desde un punto de vista institucional, ese primer período de la antropología chilena se desarrolla, más bien, en torno a los museos y a las sociedades científicas, que a las universidades. Estas últimas sólo pueden ofrecer algunos cursos sueltos y programas parciales; pero ninguna carrera con formación profesional logra surgir en el campo de las disciplinas antropológicas. La investigación científica se centra en torno a los dos grandes museos existentes en aquella época, el Museo Nacional de Historia Natural, dirigido por Latcham y el Museo Etnográfico y Antropológico, dirigido por Aureliano Oyarzún. Esos dos grandes museos que funcionaban en Santiago, la capital, tenían un carácter nacional y extendían sus investigaciones y/o sus esferas de influencia a lo largo de todo el país, desde Arica a Magallanes.

Los pocos investigadores aislados que existían, a lo largo del país, en universidades o museos locales trataban de asociarse, en alguna manera, con uno u

otro de los grandes museos nacionales. Surgieron en esa época algunos museos locales que trataron de desarrollar cierta labor propia, como el caso del Museo de Valparaíso, el de Concepción, el del Vergel en Angol, el de los Salecianos en Punta Arenas, etc. Pero los únicos que podían realmente publicar en forma continua fueron, casi exclusivamente, los dos grandes museos santiaguinos.

Después de los museos, las sociedades científicas cumplieron también una importante labor en la propulsión y cristalización de una antropología chilena, con sus congresos, reuniones y, sobre todo, sus publicaciones. Sociedades, como la Sociedad Científica de Chile, la de Ciencias Naturales, la de Historia y Geografía; algunas sociedades médicas, como la de Anatomía, la de Biología (que ayudó a formar Lipschutz), las Academias de la Lengua y la de Historia, etcétera, jugaron un papel importante en este sentido. Las universidades chilenas, en cambio, hasta los comienzos de la Segunda Guerra Mundial - a pesar de tener casi un siglo de existencia no lograron convertirse, realmente, en centros de investigación científica. Esta, aunque existente en ese período, jugó un papel secundario, dándose en ellas, casi absoluta prioridad a la formación profesional o docente.

Los grandes museos, no sólo llevaban la iniciativa en la investigación antropológica, sino también las posiciones teóricas y tendencias ideológicas. El conflicto ideológico y teórico que estalla a comienzos de siglo en las ciencias antropológicas de los países industriales capitalistas, entre las escuelas evolucionistas y las difusionistas, repercute también en Chile, pero a un nivel puramente teórico, pero no político.

Ricardo Latcham se convierte en el propulsor y campeón del evolucionismo, del tipo de Tylor, Fraser e inclusive Morgan. Latcham también conoció y tenía cierta simpatía por el trabajo de Engels, que completaba e incorporaba a Morgan en el Materialismo Histórico. La tendencia teórica opuesta del difusionismo se concentra en el Museo Etnográfico impulsada por su director, Aureliano Oyarzún. No es la tendencia de Boas más progresista, la que expresará Oyarzún; sino más bien la más conservadora de la escuela de los Círculos Culturales Austro-Alemana, introducida especialmente bajo la influencia de Gusinde. También esta tendencia se hizo fuerte en Argentina, desplazando en parte a la corriente evolucionista impulsada por los hermanos Ameghino y sus discípulos. Esta corriente histórico-cultural argentina, impulsada por José Imbelloni, repercute también sobre la antropología chilena reforzando la

tendencia de Oyarzún y sus seguidores.

A fines de este período, en la década de 1930, de estudios puramente etnológicos, folklóricos o arqueológicos sobre las sociedades nativas del país, como los fueguinos, los araucanos, los aymará y los pascuenses, se desarrolla - aunque sólo incipientemente - una corriente de antropología social en los estudios del campesinado y el indigenismo. Lipschutz que inicia, prácticamente, los estudios indigenistas, se inspira conscientemente en los trabajos de los antropólogos mexicanos de la escuela de Manuel Gamio y recoge el mensaje de la Revolución Mexicana a través de las reformas, en esa época, del Presidente Lázaro Cárdenas e, inclusive, incorpora críticamente el importante aporte del peruano José Carlos Mariátegui.

En el período después de la Segunda Guerra Mundial la antropología en Chile madura y tiene un crecimiento más orgánico. Un cuarto de siglo después de ese evento, en los comienzos de la década de 1970, la mayoría de las disciplinas antropológicas han cristalizado, institucional y profesionalmente, en particular la arqueología y la antropología cultural. Aunque los museos y sociedades científicas desarrollan siempre estudios y publicaciones, ahora el centro de la actividad científica se vuelca a las universidades. Estas también están en condiciones de programar carreras completas y formar profesionales. Al comienzo de la indicada década, por lo menos tres universidades ofrecen ya carreras completas (las Universidades de Chile, de Concepción y del Norte) y otras tienen programas más cortos, cursos y seminarios. Se han constituido también las sociedades nacionales de antropología y de arqueología.

A comienzos de ese período, en la segunda mitad de la década del 40 y primera mitad de la del 50, las figuras fundadoras de las ciencias antropológicas chilenas han desaparecido ya de la escena. Una nueva generación de antropólogos que se ha formado bajo su orientación (ya nacidos en el país o inmigrados de otros) actúa ahora en las diversas instituciones que desarrollan alguna actividad antropológica o afin. Los que tuvieron, sin embargo, un papel relevante en la formación y cristalización del primero y más importante instituto de antropología creado por esos años (el Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad de Chile, fundado en 1952) fueron Rivet, Menghin y, sobre todo Schaedel.

En la década del 60 hay un gran desarrollo de la investigación y enseñanza antropológica y donde ya la primera generación formada parcial o totalmente en los planteles chilenos - algunos con estudios

complementarios y grados en el extranjero - se suma a la actividad de la generación anterior y pronto dominará la escena. A fines de la década del 60 y comienzos de la del 70, una segunda generación nativa, alumnos de la mayoría de los anteriores, se forma en los planteles nacionales y/o con estudios complementarios en el extranjero y que corresponden a la actual generación madura, muchos de los cuales siguen aún activos en el país o en el extranjero. Algunos antropólogos extranjeros, incluyendo latinoamericanos que visitan o actúan en el país en esa época, dejan también su aporte e influencia. Junto con una continuación de la teoría evolucionista clásica, promovida anteriormente por Latham y la de los círculos culturales que impulsara Oyarzún, se incorporan, a través de las tres generaciones de antropólogos indicadas, las escuelas americanas de las áreas culturales, todavía de influencia boasiana, la escuela funcionalista e, inclusive, más recientemente, las escuelas ecologistas. También alguna influencia han tenido las escuelas francesas estructuralista y neo-marxista. Pero la diferencia del período contemporáneo, con respecto al período formativo anterior, es que ahora estas posiciones teóricas asumen un claro aspecto ideológico y, muchas veces, un verdadero carácter político.

Naturalmente que el proceso social chileno no pudo menos que repercutir también en la definición de las posiciones teóricas de la antropología y en el carácter de su acción social. En la época de la predominancia de los diversos sectores de la burguesía nacional, desde los Radicales hasta los Demócrata Cristianos, la ideología desarrollista se impone sobre las ciencias sociales, particularmente, la economía y la sociología; pero también sobre la antropología. Esto se nota en las teorías de aculturación, introducida por los funcionalistas, que caracterizará la acción antropológica de inicios de antropología aplicada en Chile en las décadas del 50 y 60. En cambio, el movimiento popular influirá en las ciencias sociales en la formación de las teorías dependentistas y/o antimperialistas.

Esta situación cambió en forma substancial en la segunda mitad de la década de 1970, después del golpe militar, que trató de detener y congelar el proceso; tarea que a la larga es obviamente imposible, pero que en un período corto es suficientemente notorio y cuyos efectos se han hecho sentir en las ciencias sociales en general. La antropología chilena no sólo no ha podido desarrollarse al margen de los procesos sociales e ideológicos de la sociedad chilena misma, ni separada de las repercusiones de los procesos y tendencias

internacionales; sino que tampoco puede sustraerse al sello del contexto latinoamericano. Basta recordar el impacto que han tenido sobre el avance de las ciencias sociales en la región, teorías desarrollistas promovidas por la CEPAL. El colapso de los movimientos populistas permitirá la fundamentación de escuelas teóricas propias latinoamericanas, creando una independencia, relativa, por primera vez, de las escuelas de los países industriales y uniéndose, más o menos, con tendencias similares de otras áreas del tercer mundo, como Africa y Asia (Berdichewsky, 1992).

No hay duda que los intelectuales, líderes políticos y científicos sociales latinoamericanos, que han contribuido a estas nuevas tendencias teóricas, enriqueciendo la teoría social de la época del capitalismo monopolista son expresión ideológica, más o menos genuinas, de las aspiraciones de las masas populares latinoamericanas que claman por profundas reformas sociales e independencias nacionales. Hoy, muchos antropólogos latinoamericanos tienen ya clara conciencia de que la ciencia social debe estar comprometida con la sociedad que estudia, sirviendo de palanca para la acción transformadora de ella, a través de la antropología aplicada. Uno de los pioneros de esa nueva y sana tendencia de las ciencias antropológicas - ya desde la década de 1930 adelante - fue Alejandro Lipschutz.

La antropología aplicada que se realiza en un país es inseparable de los cambios estructurales y socio-políticos que se llevan a efecto e imposible de desligar de las tendencias ideológicas que se desarrollan, como resultado de dichos cambios. El ejemplo en Chile de las últimas décadas, con sus bruscas transformaciones sociales y políticas, es ilustrativo. La antropología aplicada es considerada como una disciplina práctica de las ciencias antropológicas, la que - aunque ligada a la antropología social/cultural o etnología - considera su papel el de estudiar especialmente las situaciones concretas de cambio socio-cultural, con el fin de proponer algunos programas de acción social.

Todos los estudios y proyectos de antropología aplicada tradicional, aunque iniciados algunos en la década de 1950, se publicaron en la década de 1960, durante los gobiernos del régimen desarrollista del presidente Jorge Alessandri (1958-1964) y posteriormente del populista y reformista del presidente Eduardo Frei (1964-1970). Ninguno de esos proyectos fue realmente grande y, sin desmerecer su valor en sí, en la práctica no produjeron modificación significativa alguna. De una u otra manera todos

contribuían a estabilizar el régimen existente y mantener de hecho las relaciones de explotación imperantes en que se debatían los sectores afectados, ya sea, campesinos pobres, las comunidades indígenas o los sectores étnicos minoritarios y marginalizados de la urbe.

Al cambiar, justamente, la situación política y las relaciones de poder en el país, con el Gobierno Popular del Presidente Allende, a comienzos de la década del 1970, pronto la antropología aplicada comenzó a encausarse más y más en el contexto de profundos cambios estructurales. El ejemplo más importante, nuevamente, estaba en las áreas rurales, afectando especialmente al campesinado indígena. Se trataba de estudios y proyectos que se desarrollaron en el marco de una profunda Reforma Agraria, como el que tocó protagonizar al autor de este trabajo en el estudio de comunidades indígenas de las provincias Cautín-Malleco, el que corresponde ya a otro tipo de antropología aplicada. Se trataba ahora, de una antropología de acción y socialmente comprometida con la propia emancipación y liberación de las comunidades afectadas.

Al tratar de mirar, en forma objetiva la situación del país durante la Dictadura Militar, que quebró la institucionalidad democrática, se puede apreciar cómo las nuevas modalidades, políticas, económicas y sociales que éste régimen implantó en forma compulsiva, afectaron también las superestructuras culturales, ideológicas y científicas. Esa dura situación económica se desarrolló en el contexto político y jurídico de un nuevo Estado Autoritario (por decir lo menos y seguir su autodenominación) que el Gobierno Militar intentó legitimar e institucionalizar. Es una nueva organización económica basada en un sistema monetarista externo de mercado libre, no sólo notoriamente conservador sino anacrónico en el marco del capitalismo monopolista, del cual el país no es más que parte periférica y dependiente (Collins y Lear, 1995). Esta estructura proyectó una nueva organización social y modalidad de la sociedad chilena hacia extremo individualismo y competencia. En ese contexto, las ciencias sociales se deterioraron, en particular al comienzo del régimen.

Tanto la Universidad intervenida, como el proceso de privatización de las universidades en un país pobre y dependiente como Chile, no constituyeron una atmósfera apropiada para un desarrollo científico, ni menos para las ciencias sociales. En la década de los 80's se podía observar que el centro de gravedad de la investigación científica y en especial de las ciencias sociales se desplazó de las universidades hacia una

serie de centros de estudios creados al margen de ellas. El más importante fué, sin duda, la Academia de Humanismo Cristiano que, de hecho, jugó el rol de una Universidad. Pero numerosos otros centros surgieron en las principales ciudades del país, ya amparados por la mencionada Academia o independientes. La mayoría con magros presupuestos; pero que, sin embargo, lograron obtener Grants de fundaciones extranjeras, tanto para investigaciones, como para publicaciones.

En las ciencias antropológicas, las investigaciones y publicaciones realizadas anteriormente por las universidades y por los museos, se redujeron al mínimo. Del modesto número de antropólogos profesionales que existía, muchos quedaron sin trabajo, desaparecieron o se fueron del país. En el caso de la antropología social la dificultad estribaba, en la resistencia u oposición de parte de las esferas oficiales por el posible carácter "subversivo" que podían tener (situación similar para todas las ciencias sociales) otambién que ahora las mismas comunidades se resistían a ser "estudiadas" por las ciencias sociales. Este fué, especialmente, el caso de los mapuches que, debido a la gran conciencia étnica ganada en los procesos anteriores y a su desconfianza natural y más que justificada ante las intenciones de los no indígenas con respecto a ellos, no eran muy receptivos a dichas investigaciones y, por el contrario, preferirían hacerlas ellos mismos en lo posible, si fuera necesario. Obviamente, más difícil era hablar de cualquier intento de antropología aplicada, menos aún en el sentido de la que impulsara el profesor Lipschutz.

Con la transición del Gobierno Militar dictatorial del General Pinochet, al Gobierno democrático del electo Presidente Aylwin, en 1990, se inaugura el proceso de transición de vuelta a la democracia, durante esta década. Ha sido retardado y casi detenido por la dura oposición de Pinochet. Sólo ahora, con la detención en Inglaterra del ex-Dictador, se reabre el proceso democrático en Chile y se perfila la posibilidad de afirmarse definitivamente en los primeros años del nuevo siglo con el tercer Presidente electo.

Las ciencias sociales en el país y, en particular, las antropológicas se han ido recuperando lentamente. La realización de tres congresos nacionales de antropología y la publicación de sus actas durante esta última década, constituye prueba fehaciente de ello. El futuro se muestra prometedor para estas disciplinas.

Referencias

Berdichewsky, Bernardo,
1979. Anthropology and Social Change in Rural Areas, World

Anthropology, Mouton Publishers: The Hague-Paris-New York.
1980. Situación y Problemática de la Antropología en Chile, América Indígena XL (2): 309-327, Instituto Indigenista Interamericano: México D.F.

1983. Alejandro Lipschutz y el Desarrollo de las Ciencias Antropológicas en Chile, Cuadernos Americanos XLII (CCLI) 6: 160-194, México D.F.

1992. Reseña de Zarur, A Antropología na America Latina, México 1990, en Revista Interamericana de Bibliografía XLII (2): 291-292, Washington, D.C.

1998. Función Ideológica de la Antropología, en Actas del Tercer Congreso Nacional de Antropología: Temuco - Chile.

Boas, Franz,

1940. Race, Language and Culture, Collier-Macmillan Ltd. London-New York.

Borofsky, Robert,

1997. Cook, Lono, Obeyesekere, and Sahlins, with C.A. comment. Forum on Theory in Anthropology, Current Anthropology 38 (2): 255-282, University of Chicago Press: Chicago, Ill.

Collins, Joseph y John Lear,

1995. Chile's Free-Market Miracle: A Second Look, The Institute for Food and Development Policy: Oakland, CA.

Current Anthropology, 1999. Culture - A Second Chance? Special Issue, Vol. 40 Supplement, University of Chicago Press. Chicago, Ill.

Kroeber, A. L. y Clyde Kluckhohn,

1963. Culture: A Critical Review of Concepts and Definitions, Vintage Books: New York.

Haddon, A. C.

1949. History of Anthropology, London.

Malinowski, Bronislaw,

1948. Una Teoría Científica de la Cultura y Otros Ensayos (traducción del Inglés por A.R. Cortazar), Editorial Sudamericana: Buenos Aires.

Marcus, George E. y Michael M.J. Fischer,

1986. Anthropology as Cultural Critic, The University of Chicago Press: Chicago-London.

Medina, J.T.

(1882) 1952. Los Aborígenes de Chile, Introducción de Carlos Keller, Fondo Medina: Stgo.

Mülmann, Wilhelm E.,

1968. Geschichte der Anthropologie, 2ª Edición, Athenäum Verlag: Frankfurt am Main-Bonn.

Schmidt, P. Wilhelm,

1937. Handbuch der Methode der Kultur-Historischen Ethnologie, Münster.

Spencer, B. y F.J. Gillen,

1899. The Native Tribes of Central Australia,

Tax, Sol,

1979. General Introduction to World Anthropology Series, in B. Berdichewsky, 1979.

Tylor, Ed. B.

(1871) 1958. The Origins of Culture, Harper & Row, Publishers: New York-London.